

lándose de que la casa de Suabia aspirase a la monarquía universal, observaba cómo el nieto de los reyezuelos teutónicos, pretendiente al centro del mundo, apenas era capaz de someter a los rebeldes magnates de su reino, o a la salvaje tribu frisona. Federico Barbarroja, el perseguidor de la cristiandad, protector del antipapa Víctor y enemigo de Adriano IV y Alejandro III, mudó corazón a última hora, quiso morir santamente, y al oír que Saladino era dueño de Jerusalén y de la Cruz de Cristo, tomó las armas a los setenta y ocho años de edad, envió un cartel de reto y desafío al sarraceno victorioso, emprendió la ruta de Palestina, llamó *perro* al emperador de Constantinopla que le negaba el paso por sus Estados, abrióse camino con las armas, derrotó al sultán de Iconio, y cuando comenzaban sus triunfos, perdió la vida por bañarse en las aguas del Cidno, funestas a los conquistadores. Nadie sabe a punto fijo dónde reposan las cenizas del gran emperador; según las leyendas alemanas, Barbarroja no ha muerto todavía: duerme dentro de vetusto torreón desierto, en áspera montaña, armado de todas armas, y recostado en una mesa de piedra, en torno de la cual se enrosca nueve veces la barba descomunal que blanquearon los años. Cuando despierete, colgará el escudo de un árbol seco, y el tronco reverdecerá, y la justicia reinará en la tierra. Así inmortalizan los pueblos a los que representan y encarnan sus ideales.

Sin embargo, no es Federico la figura ni el carácter más importante del siglo que termina con él. Sobre la personalidad de Barbarroja, de Ricardo Corazón de León, de Saladino, se destaca la del hombre que, cual Hildebrando en el siglo XI, defiende en el XII la independencia de la Iglesia: Tomás Becket. Solía en la antigüedad ir unido un mito a la historia del nacimiento de los héroes: en la Edad Media es frecuente que la adorne una novela. La de Tomás Becket es novela de amor, más honesta que la de Abelardo. Una beldad musulmana, prendada y no correspondida de un cautivo cristiano, le sigue, cuando recobra la libertad, desde los Santos Lugares hasta Inglaterra: no sabe pronunciar en lengua occidental más que dos nombres, el de la villa

de Londres, adonde se dirige, y el de su amado Gilberto; pero estos nombres los repite y grita sin descanso, y sola, pobre, mendigando casi, consigue encontrar la villa y el hombre que busca, y logra bautizarse y desposarse con él. De su matrimonio nació un hijo que reunía, a las sólidas cualidades de la raza sajona, las brillantes dotes de la semítica. A despecho de su origen, Tomás Becket pudo, merced a su educación selecta, convivir con las refinadas gentes de la casta dominante, agradar a los normandos, y escalar los más elevados puestos de la jerarquía civil. En su mocedad, nadie suponía que se revelase santo y héroe; era alegre, insinuante, obsequioso, cortesano, dado al placer y al lujo; preceptor del hijo de Enrique II, vestía fastuosamente, tenía a sueldo una escolta de caballeros armados, recamaba el oro los arneses de sus monturas, su vajilla merecía servir para la mesa de un emperador. Lisonjeábale la grandeza, y el rey, que le amaba mucho, declaró su propósito de concederle el Primado de Inglaterra. Al saberlo, Tomás se sonríe, y señalando su magnífico atavío, su toca de plumas con cintillo de diamantes, su puñal curioso incrustado de pedrería, sus curvos y afeminados zapatos.—“Repara—dice apaciblemente al monarca—a qué hombre edificante quieres encomendar tan alto puesto. Además, tú tienes, respecto de la Iglesia, miras que yo no secundaré; si llego a arzobispo, pienso que dejaremos de ser amigos.”—No le hizo caso el rey, y, mal de su grado le sentó en la silla de Cantorbéry, de heróicas tradiciones, ocupada un tiempo por el santo Elfg—el que, prisionero de los dinamarqueses, no quiso gravar al país pidiendo dinero para su rescate, y prefirió ser martirizado antes que dar a los paganos carne de los fieles, oro de los pobres.—Apenas fué consagrado el cortesano canciller para la sede primada, los que le vieron no le conocían. Habíase despojado del soberbio ropaje, y desamueblado el suntuoso palacio; roto con los encumbrados comensales, y hecho amistad con pobres, mendigos, sajones, con la raza oprimida y vencida. A imitación de los siervos, usaba grosera hopalanda, vivía de agua y legumbres, tenía aspecto humilde y contrito, y sólo para el pueblo se abría la sala de sus festines y se gastaba



su hacienda. Nunca hubo más repentino cambio de vida, ni que de una parte excitase más enojo y de otra más regocijo. Los varones, condes y reyes, amigos ayer de Tomás, se tuvieron por burlados; pero las gentes humildes, el clero bajo, los monjes, los sajones plebeyos, reverenciaron al arzobispo. Tornóse la amistad del monarca en violenta aversión; vió un enemigo en su antes predilecto favorito, y comenzó la lucha sin tregua, en que la personalidad moral de Becket fué creciendo a cada nuevo ataque y sublimándose hasta las esferas del heroísmo. Cuando los señores normandos, reunidos en el Consejo privado del rey, le llaman traidor y perjuro, se despiertan en Becket reminiscencias del pasado, y mirando desdeñosamente en torno suyo, pronuncia una frase caballeresca:—"Si mis sacras órdenes no me lo vedasen, yo sabría responder con las armas a quien me llama traidor."—Mas cuando los conjurados llegan para quitarle la vida, ya Tomás ha aceptado el cáliz amargo de la pasión: quieren hacerle confesar que su poder viene del rey, y afirma y se ratifica en que la potencia espiritual sólo procede del Papa: cien veces puede huir, evitar la muerte; mas no lo hace, y espera el golpe al pie del altar mismo. Al llamarle los verdugos con el adjetivo de *traidor*, Becket no contesta; al gritar por el arzobispo, preséntase sosegadamente y ofrece su cabeza al filo de las espadas y hachas. El pueblo le lloró y le veneró mártir, antes que le canonizase la Iglesia; la penitencia y humillación del rey ante su tumba, fué victoria de la justicia sobre la fuerza y el poder. Arrodiado al pie del sepulcro del santo, el descendiente de Guillermo el Conquistador recibió en sus espaldas la disciplina, penitencia de su crimen, administrada por los descendientes de los siervos sajones. La corona de Inglaterra fué desde entonces feudo de la Santa Sede.

¿En qué consiste la grandeza de Santo Tomás Cantuariense? Seguramente no hay cosa más común en aquellos siglos que padecer un hombre muerte violenta, de orden o por instigación de un monarca: pero el mártir sajón encarnó dos altas ideas: la independencia espiritual, la libertad de una raza mediante Cristo. Heridas y asesinadas en él ambas ideas, le sublimaron. No

instituye al mártir el hecho material de derramar su sangre, sino la causa que a derramarla le mueve y determina. La Edad Media prodigó donde quiera, en guerras continuas, en empresas a veces insensatas, el rojo licor que discurre por las venas del hombre: y con todo eso, entre tanto arroyo de sangre, corren algunas gotas de la de Tomás Becket, y deciden la suerte de un reino, y establecen los fueros de la Iglesia. Por eso decimos de Becket que fué el grande hombre del siglo XII.

Existe hoy una escuela histórica que regatea su gloria a los grandes hombres: un escritor contemporáneo, un fatalista, Heriberto Spencer, es todavía más radical; niega rotundamente su existencia; lo que suele llamarse un grande hombre, no es, según el cerrado determinismo del sociólogo británico, sino un producto de la naturaleza exterior y de circunstancias especiales y extrínsecas; si las modificamos, el prestigio del grande hombre se desvanece. Rechacemos esta teoría mecánica, que hace de la historia un engranaje, y autómatas de sus figuras más bellas y nobles. Es evidente que el grande hombre está en relación de armonía con la atmósfera que respira y la edad en que nace; a no creerlo así, fuera absurdo trazar el cuadro de la Edad Media antes de referir la vida de un santo que en ella existió. Nadie se tenga por independiente de su época, de su patria, de su raza y familia, de la enseñanza que ha recibido, de cuanto fué germen y alimento de su cuerpo y de su espíritu. Pero dependencia no equivale a esclavitud; las circunstancias influyen en el grande hombre sin coartar su albedrío; el grande hombre a su vez modifica y causa circunstancias, sucesos e ideas: recíproca acción que importa tener en cuenta para interpretar rectamente la historia y la biografía.

El grande hombre, individuo eminente que representa una época, una idea, un pueblo, es clave de la historia. Hay siglos que se explican con pronunciar un nombre. Si de la historia borramos las extraordinarias personalidades que la llenan, aniquilaremos la severa ciencia que por medio de lo pasado alecciona al porvenir. De pueblos muertos, envueltos en las tinieblas de edades remotas, llega hasta nosotros un conjunto de sí-



labas, un sonido, el nombre de un héroe, y alcanza a darles existencia histórica: millones de individuos vivieron, se agitaron en esos pueblos, pero uno sólo los redime de la noche eterna del olvido. Si abstraemos de cada época los individuos que la caracterizan, pasará inadvertida, sin fisonomía ni color. Son las épocas tanto más grandes, cuanto más hombres eminentes engendran; y la magnitud del grande hombre se mide, no tan sólo por lo que en sí valga, sino principalmente por los resultados de su acción, por el número de ideas que origina y comunica. Abarca el grande hombre los conceptos generales de su edad, mas los particulariza, los sella con su propia marca, al modo que Dante, comprendiendo en su poema las tradiciones de la musa antigua y de la musa popular; reuniendo y recogiendo aquí, y allí, y doquiera los disociados elementos de su obra titánica, los unificó, y al escribir la obra más original, reflejó en ella, cual en claro espejo, la Edad Media toda. Así es que cuando surgen hombres como Dante, como Colón, como San Francisco de Asís, tan pronto parece que sus pensamientos son genuinos, nuevos, únicos y que nadie hasta entonces los había concebido ni expresado, como estudiando detenidamente la época y lugar en que vivió, las necesidades que remedió su aparición, el movimiento que produce, se advierte que el grande hombre correspondió con una idea general, latente y enérgica en los tiempos y pueblos a que pertenece.

Cabalmente, la falta que hacen en el mundo es base del pedestal que erigimos a los grandes hombres: la humanidad los reclamaba; llegaron a punto de servirla. No aparecerán un Miguel Angel o un Virgilio entre vándalos y ostrogodos, ni tampoco lo han menester tribus que desempeñan en el drama histórico papel negativo y destructor: Alarico, Atila, son los personajes que convienen al bárbaro. Tal consonancia entre la función que ejerce y la sociedad en que vive, inspira al hombre ilustre aquella fe en sí mismo, aquella seguridad completa del triunfo que revelan sus dichos y actos. Alarico se sentía guiado por la mano de Dios al arrojarse a destruir los estados paganos: otro hombre bien diferente de Alarico, San Francisco de Asís, decía:—"No soy yo, es

Jesucristo en persona quien ha dictado mi regla."—Y mancebo aún, en Asís, exclamaba con profético instinto:—"Sé que en lo futuro seré un gran príncipe."—Certeza absoluta, incommovible, que se funda en la conciencia de llenar un cargo más importante a la humanidad que a sí propios.

Sin pasar adelante, démonos prisa a distinguir entre la condición del grande hombre a secas, y la del que une a la eminencia el augusto carácter de la santidad. Pocos historiadores atienden a tan importante distinción, y dejan de tener por secundario en el grande hombre aquello que obligó a la Iglesia a colocarlo en los altares. Detengámonos a tratar esta cuestión, que bien lo merece, y veamos si aun desde el punto de vista profano en que el historiador se sitúa, no establece la santidad línea divisoria entre el grande hombre que la alcanza y los que no llegan a poseerla.

Ya se entiende que no nos referimos sino a santos que tengan representación histórica, pues si todo santo es grande moralmente considerado, no así socialmente. Muchos santos hubo, en efecto, que vivieron y murieron sin influir en la marcha de la humanidad, y si la Iglesia les conoció por el buen olor de sus virtudes, como a la violeta por su aroma, la sociedad apenas hizo alto en ellos.

A éstos no aludimos, sino a los que resplandecieron con claridad vivísima sobre un pueblo, una época, un siglo. Mientras en los demás grandes hombres, al aislar la individualidad de la generalidad, el aspecto privado del social y público; al observar los pormenores de su vida, confunde y desconsuela encontrar, no sólo vicios y delitos, sino miserias; no sólo moralidad dudosa, sino móviles mezquinos, bajezas y ruindades,—en el santo advertimos perfecta armonía entre sus pensamientos y sus obras, completa y absoluta fusión de la inteligencia y la voluntad. El santo profesa una teoría, y la practica llevándola a sus últimas consecuencias: por eso, cuando al par que santo es grande hombre, ejerce tan poderoso dinamismo social; porque el contraste de las teorías con la práctica menoscaba y mina la autoridad del grande hombre, y cuando sus admiradores lo notan, instintiva-



mente tienden un velo sobre sus faltas, disculpan sus maldades e inquieren circunstancias atenuantes de sus crímenes. No ha menester el biógrafo de un santo emplear tales subterfugios: el santo crece en luz y resplandor cuanto más de cerca se le mira; en él la esfera real no desdice de la ideal. Doble en su personalidad, pertenece al cielo y a la tierra; el pueblo le adora, la Iglesia le canoniza; como el guerrero, agita las multitudes; como el filósofo, ensancha el horizonte de las ideas.

Natural es que aumente la importancia del grande hombre en razón directa de la dignidad del pensamiento que simboliza; diga lo que quiera nuestra época, el nombre del inventor de una máquina o de un progreso industrial no significa lo que el del pensador, el poeta, el artista. Si el invento de Guttemberg le valió impercedera fama, es que con él pudo la inteligencia multiplicar sus caudales. Convence de la verdad del aserto la casi total obscuridad que cubre los nombres de aquellos que sólo con beneficios materiales contribuyeron al provecho de la especie humana. La humanidad no olvida sino lo que no merece recordarse: rara vez yerra en lo que conmemora. Ni es conspiración tácita de los historiadores el consagrar y repetir siempre ciertos nombres; es que sin darse cuenta de ello, obedecen al sentimiento universal. Pues bien; si meditamos en las causas del respeto y amor que infunde la Edad Media, vista no en sus accidentes, sino en su interior unidad, percibimos que toda época se manifiesta eminentemente en sus grandes hombres, y los grandes hombres de la Edad Media son los mayores que hubo jamás: son santos.

Santos fueron los que crearon el período histórico que llega a su apogeo en el siglo XIII. Lo crearon en lo que tiene de bueno, de hermoso y sublime: lo depuraron lentamente a costa de combates, luchas y abnegación: es su obra. No hay en él progreso, idea fecunda, principio de justicia o de amor, que no le haya sido comunicado por los obreros de la verdad eterna. Ellos extirparon la corrupción romana, iluminaron la noche de la barbarie, resucitaron las artes, las ciencias y el derecho. Desde los Eladios y Germanes, que rescataban esclavos, hasta San Bernardo que predica la Cruzada, en todo suceso capital

de la Edad Media interviene un santo. Hay variedad infinita en los santos: cada esfera social produce los suyos; el trono y la plebe los cosechan con igual abundancia; la Iglesia ensalza y corona desde la virtud más humilde hasta la más brillante y heroica; desde las hembras ignorantes hasta los profundos filósofos; fiel a sus teorías, no distingue de linajes ni de sexos. Y en las sombras de las primeras épocas medioevales, cuando imperaba la fuerza, así como de los Concilios salía la única voz que hablaba de clemencia y justicia, nació del santo el único ejemplo consolador, el único rayo de luz celestial. Cuando el hombre es mutilado, extendido en la rueda, clavado en el palo, atado al potro del tormento, sólo el santo se apiada del mísero siervo, de la oprimida mujer, del abandonado niño, hasta del facineroso y del homicida; porque en su ancho corazón se ha refugiado la piedad, fugitiva de los restantes. En tres palabras puede condensarse la historia de los poderes de entonces: *vino, y destruyó*; sólo la leyenda de los santos contiene rasgos de sensibilidad, lumbre de inteligencia, auras y perfumes de poesía. Narraciones hagiográficas nos legó la Edad Media que son enseñanzas admirables y simbólicas: la de San Julián el Limosnero presenta la caridad a prueba de sacrificios; la del gigante Cristóbal, el triunfo de la fuerza moral sobre la física; la de la monja que huye de su convento, y a quien la Virgen reemplaza en sus labores porque no se eche de ver la desaparición hasta que vuelva arrepentida, los misterios de la gracia.

Así como el siglo XIII es apogeo de la Edad Media, lo es también de los santos. Ninguna época produjo santos que ocupen tan alto puesto en la historia, de suerte, que apenas hay en el siglo XIII esfera de la actividad humana que no dependa de la personalidad y acción de un santo insigne. San Luis, San Fernando, las Santas Isabelas de Hungría y Portugal, para la monarquía; Santo Tomás, San Buenaventura, para la ciencia; Santo Domingo, San Francisco de Asís, para la sociedad: hueste de gigantes que llenan una centuria con sus nombres. Escribiendo la crónica de sus santos, está escrita la del siglo XIII.

A los personajes honrados con la aureola es fuerza



agregar dos que no subieron a los altares, si bien uno de ellos se ejerció en altas virtudes: Inocencio III y Federico II. El ilustre Papa y el emperador famoso completan el siglo, lo explican, preparan el que ha de seguirle. Federico cifra, no solamente la antigua ambición de los Césares, sino la naciente tendencia de la sociedad a emanciparse del Pontificado, los gérmenes precoces del Renacimiento y la Reforma; si su abuelo Barbarroja fué cristiano todavía, Federico no lo es ya. Inocencio III personifica el poder eclesiástico en su más alta expresión civilizadora y moral: continúa y da cima a la magna empresa de Hildebrando. A su vez el siglo XII había preludiado al XIII. Con el oleaje de Cruzadas que lo agitó, despertóse lozana y pujante la vida intelectual en la celebrada escuela de París: la de Bolonia, maestra del derecho, reanuda las tradiciones de la jurisprudencia romana, transmitiéndolas a Oxford, donde aprendían y se formaban hombres como Juan de Salisbury. La filosofía escolástica y la teología toman vuelo en San Anselmo, Abelardo, su contrincante Guillermo de Champeaux, el *maestro de las Sentencias*, Hugo de San Víctor; la ciencia árabe y la rabínica ponen al servicio de la occidental elementos nuevos; resuena en las escuelas la tenaz y profunda disputa de los *universales*; los estudios se propagan de tal manera, que hasta la mujer aplica a ellos su inteligencia, y el primer filósofo del aula de París enseña a la sobrina del canónigo Fulberto.

A pesar de tan refulgente aurora intelectual, nubes y sombras empañan el último tercio del siglo XII y avanzan, preñadas de tormentas, sobre el XIII. Exceptuando el arrianismo, ninguna herejía cundió nunca tan rápidamente como la maniquea, que inficionó en brevísimo tiempo el centro de la cristiandad, el norte de Italia y el mediodía de Francia. Frente a la Iglesia católica se alzó otra iglesia, otra jerarquía: su Jerusalén era Albí, su Roma Tolosa, su Papa un bizantino llamado Nicetas, que presidía numerosos conciliábulos de obispos maniqueos. Por su parte los valdenses, contrahaciendo la pureza de la primitiva Iglesia, atraían sobre el sacerdocio católico la ira popular. Después de dos siglos de descan-

so, el olvidado y tremendo azote de las invasiones se disponía a caer otra vez sobre la aterrada Europa. A orillas del lago Baikal habitaban feroces pueblos nómadas, los mongoles, maravillosamente dispuestos para guerras de exterminio, ágiles jinetes, grandes esgrimidores de sable y lanza, sobrios, crueles, infatigables; apenas sospechaba Europa su existencia, cuando entre ellos había aparecido un genio bélico y conquistador, el Napoleón de las estepas, Gengiskan, vencedor del vasto imperio chino, de los turcos, de los persas, y que de tal suerte devastó el Asia, que el poeta iranio exclamó con voz gemidora:—"En tantas comarcas como recorrí, no hallé alma viviente; si por casualidad di con algún ser humano, en vez de ojos tenía dos arroyos de lágrimas."—Sujeta el Asia, los mongoles se volvieron hacia Europa, amenazada ya por las victorias que iban obteniendo las armas sarracenas: Saladino, victorioso en Tiberiades, poseía a Jerusalén; la muerte de Barbarroja privó a la cristiandad de su campeón más bizarro; su hijo Federico de Suabia, que le sucedió en el mando, murió también á poco con santa y heroica muerte, más gloriosa que la que da el hierro enemigo, pero llevándose a la tumba las últimas esperanzas de los cruzados alemanes; uniéronse Ricardo de Inglaterra y Felipe Augusto para continuar la obra del titán germánico; pero ya no poseían los cristianos en Tierra Santa más que a Trípoli, Antioquía y Tiro, muy apretadas por las tropas del emir, que proclamando la guerra santa, se disponía nada menos que a invadir a su vez las comarcas europeas, mientras los cruzados, divididos por necias rivalidades, no acertaban a recobrar el terreno perdido; y aunque las fabulosas proezas del rey Ricardo sembrasen el terror en las huestes mahometanas, y las madres acallasen a los niños pronunciando el nombre del paladín inglés, el cerco de Tolemaida costó arroyos de sangre cristiana, y el arroyo incontrastable que valió a Ricardo el sobrenombre de *Corazón de león* fué estéril, pues no alcanzó a expugnar a Jerusalén. Al distinguir desde lejos los suspirados muros, cubrióse Ricardo el rostro con la celada murmurando:—"Señor, no vea yo tu ciudad santa, ya que no me es dado libertarla de infieles."—Con este pesar se vol-



vió a Europa, a sufrir entre cristianos dura cautividad, y a plañirla desde el torreón de su cárcel en melancólico serventesio, hasta que un compañero de gay ciencia, un trovador, oyendo resonar el triste canto, rescata al poeta rey.—Tal era, a fines del siglo XII, el estado de los pueblos cristianos: dentro, herejías y discordias, fuera, razas enemigas prevenidas a lanzarse sobre ellos; tártaros desvanecidos con sus triunfos; el Oriente rehecho por Saladino; Bizancio sedienta de latina sangre. Pero la Iglesia vivía, fuerte y animosa. Enrique VI de Alemania, el felón que no tuvo a menos prender, contra el derecho de gentes, a Ricardo, al héroe de las Cruzadas, y regatear su libertad, invirtió el precio del rescate en asaltar a Italia, mostrándose furioso conquistador. Estrenóse en Sicilia exhumando un cadáver, el del rey Tancredo, para decapitarlo; arrancando los ojos a un mancebo, hijo de Tancredo; encerrando en lóbrega prisión a dos inconsolables mujeres, la viuda y la hija del desenterrado monarca; y por fin, coronando con arco de hierro candente y sentando en trono de fuego al conde Jordán, que quiso libertar de la opresión a su país. Indignado el pueblo, anticipó con un degüello de alemanes las *visperas* ejecutadas después en los provenzales de Carlos de Anjou. Al morir el feroz Enrique, víctima quizá del veneno con que su propia mujer Constanza de Sicilia vengó en él las injurias de la patria, dejaba un hijo de tierna edad, heredero de una corona disputada por los parientes y por los dignatarios del imperio. Mas el padre colocó al niño que había de nombrarse Federico II, bajo la protección y amparo de un excelso pontífice: Inocencio III.

Inocencio III subió joven a la silla de Pedro: contaba treinta y siete años cuando ciñó la tiara. Llamábase Lotario; era de ilustre familia, erudito, de afable condición, de vasta y comprensiva inteligencia, adornado con las dotes de celoso apóstol y de incomparable y magnánimo príncipe. Grandes acontecimientos presenció la cristiandad en su reinado; pero él se hallaba a la altura de cuantos pudiesen sobrevenir. El siglo que comenzaba puso sus esperanzas en él, y no las vió defraudadas jamás. Había escrito Lotario en su juventud como es-

cribe un contemplativo y un filósofo; había ido en peregrinación al sepulcro de Tomás Becket, adalid de los derechos de la Iglesia; y penetrado de la idea del poder eclesiástico, se propuso emular a Gregorio VII y Alejandro III. Ascendido a la primera dignidad del orbe, vióse también cercado de cuidados sin número, abrumado por el peso de gravísimos negocios, obligado a fijar los ojos en el triste cuadro que ofrecía la cristiandad. Aparte de la situación de Oriente y Asia, normandos y alemanes disputaban en Europa su patrimonio a la Iglesia; propagábanse las herejías; en España los árabes se disponían a realizar gigantesco y supremo esfuerzo que frustrase la reconquista; en Francia, Felipe Augusto repudiaba a su legítima esposa Ingelburga para vivir unido a otra mujer; desgarraban a Alemania los bandos de dos pretendientes; en Suecia reinaba un usurpador. El varón eminente que desde el trono pontificio asumía el gobierno moral de la cristiandad supó atender a todo, corregirlo todo, concertar las divisiones, extirpar los escándalos. A fin de allegar recursos para que las cruzadas reviviesen, hizo fundir la vajilla pontificia de plata y oro, y cubrió su mesa con escudillas de barro. Pacificador y prudente, por orden suya aquietó un legado las rencillas de Ricardo Corazón de León y Felipe Augusto; cuando los cruzados acometieron la empresa de apoderarse de Constantinopla y sentar a un latino en el solio de los emperadores de Bizancio, previó la esterilidad de semejante conquista y la desaprobó; pero tan hábil político como buen profeta, si alzó su voz protestando contra los excesos y abusos de los cristianos en Oriente, supó absolver lo que ya no cabía remediar. Bien presto declaran los sucesos cuán acertado iba el Papa en sus vaticinios, dictados por su amor a la justicia y sagaz inteligencia: los latinos conquistadores son degollados en toda la extensión del imperio, y Baldo vino, el efímero imperante occidental, desaparece sin que ni las circunstancias de su muerte puedan averiguarse. Sin desaliento, Inocencio rehace la cristiandad y pregona la cruzada perenne y fecunda que un pueblo varonil prolongó hasta el Renacimiento en el extremo meridional de Europa. Al saber que seiscientos mil musulmanes se



precipitaban desde el Africa sobre España, capitaneados por el príncipe de los creyentes, El Naser, el vigilante Inocencio dió aviso del peligro y proclamó la guerra de la Cruz, con ánimo de que todo el poder cristiano viniese en ayuda de los españoles; la épica jornada de las Navas de Tolosa, donde fué deshecho el poderío africano, cimentó la reconquista. En Inglaterra, Inocencio III hubo de luchar con *Juan sin tierra*, el opresor aborrecible que retrató la trágica musa de Shakespeare; y venciólo, y su victoria produjo las libertades del clero y de la nación, consignadas en la *Carta magna*. En Prusia logró evangelizar regiones todavía paganas, de más pacífica manera que la empleada después por los caballeros Teutónicos. En Francia, Felipe Augusto, cuyo aborrecimiento hacia Ingelburga crecía, cedió sin embargo ante la firmeza del Papa, y de grado o por fuerza hubo de recibir a la repudiada consorte; la batalla de Bouvines aseguró a la nación francesa la supremacía sobre la alemana, no sin gran provecho para la Santa Sede, a la cual era adicta la casa de Francia en general y particularmente Felipe Augusto, a despecho de sus extravíos amorosos. Así dos grandes funciones de guerra, las Navas y Bouvines, comienzan lo que concluyó otra no menos famosa, la de Muret, y hacen al Papa regidor del mundo. Difícil y espinoso cargo, que si Inocencio mereció desempeñar por sus altas dotes, no dejó de abrumar sus hombros.

Asunto en que puso Inocencio III especial cuidado y celo fué la salvaguardia de los intereses de su pupilo Federico II, cachorro de tigre de los Hohenstaufen, que andandó el tiempo tan cruelmente vino a morder la mano que le nutrió. A Inocencio debió Federico el conservar su herencia de Sicilia, de la cual pudiera apoderarse el Papa, hallándose a la sazón en Italia la autoridad pontificia muy pujante. Duró la tutelar solicitud hasta la mayor edad de Federico; y compadecido a la vez Inocencio de la triste prisionera Sibila, viuda de Tancredo el desenterrado, logró a fuerza de súplicas que fuese puesta en libertad. Tan benigno proceder ganó a su joven pupilo los ánimos de los sicilianos, ulcerados con la memoria de las crueldades de su padre: bajo la

dirección de aquel Papa clemente y justo, pudo Sicilia tomar a los Hohenstaufen por pastores y no por verdugos.

Y en efecto, mientras Federico se atuvo a los consejos de Inocencio, dió de su carácter y dotes los felices indicios que en los albores de la juventud suelen, por extraña anomalía, dar los tiranos. No era Federico vulgar ni pequeño: como su abuelo materno Roberto Guiscardo, poseía arrojo y resolución a toda prueba; como Barbarroja, juntaba talento y cultivada inteligencia a dienuedo caballeresco: además, disimulado y sutil, ni sus palabras correspondían con sus pensamientos, ni indicaban sus afectos futuros. Educado en Sicilia, territorio mitad sarraceno, mitad greco-normando, adquirió refinada cultura, y al par contrajo el hondo escepticismo que solía producir—con más frecuencia de lo que hoy creemos—la ciencia confusa de la Edad Media, y que en el siglo XII inficionó a la nobleza y literatura provenzales. Sus costumbres fueron orientales, muelles, viciosas; su conducta careció de la rectitud que distinguía a Inocencio III. En algo se asemejan pupilo y tutor: ambos instruidos, ambos selectos en sus aficiones, poetas y grandes políticos, ambos precursores de épocas más civilizadas, pertenecen en cierto modo al Renacimiento; pero Federico lo representa en su corrupción y duplicidad, Inocencio en su clásica elegancia. No desmentía Federico la fama de ambición de los Césares, afición que fomentaba la raza de los juristas, aduladores sempiternos. El estudio del derecho romano, renovado en Italia en el siglo XII, logró tanto aprecio que se le llamaba *razón escrita* y a sus intérpretes *caballeros en leyes*; más moderados los teólogos, no extendían desmesuradamente los fueros de la Iglesia; pero los legistas divinizaban el poder cesáreo: Pedro de las Viñas, el famoso canciller, brazo derecho de Federico, era legista, regalista y partidario de la soberanía universal concentrada en el Emperador: Nunca los emperadores germánicos habían visto realizada su quimera, y no obstante, la alimentaban perpetuamente; ceñíanse tres coronas: la de plata de Germania, la de hierro de Lombardía, el círculo de oro del Sacro Imperio, que recibían en Roma: la piedrecilla que



siempre iba a herir el pie de barro del coloso, era la excomunión pontificia y la oposición democrática de Italia. Tres veces cayó el gigante: con Enrique IV, con Barbarroja, con Otón; la cuarta tocaba a Federico II, para no volver nunca a levantarse. Y sin embargo, el Imperio pudo esparcir la luna de la Edad Media, si no se negase a recibirla el sol de Roma. A Federico concernía realizar magnos intentos: la conquista de las comarcas septentrionales, rebeldes aún al Evangelio y a la civilización. Acabábase la cruzada de Oriente; pero cabía emprender con más fruto la de Occidente. Salimbene resumió en una de sus frases sencillas el juicio de Federico II, que malogró tan buenas dotes con acciones tan pésimas.—“No hubiera tenido igual en la tierra—dice el cronista franciscano—si mirase por su alma.”

Preséntase la conducta del hijo de Enrique VI como gigantesca contradicción en el siglo XIII: mientras los reyes de España y Francia y la nación italiana marchan a constituir los Estados modernos, Federico sostiene las dos formas características del gobierno bárbaro y pagano; reúne en su dominio el mal de la antigüedad y el mal de la Edad Media, cesarismo y feudalismo; y cuando la cultura católica florece y se desenvuelve, Federico adopta la musulmana. Parece inconcebible que la misma centuria vea reinar a San Luis, a San Fernando y a Federico II: contraste lógico, sin embargo, dado el dualismo del siglo XIII, que si es corona de la Edad Media, es también precursor de todas las tendencias anticristianas del Renacimiento. Fermentaba la hostilidad entre la Santa Sede y Federico, cuando estalló por fin. Este disponía, amén de las fuerzas del Imperio, de las brigadas sarracenas que en Nocera y Luceria se acuartelaban, y del auxilio de la facción gibelina; pero el antagonista era terrible: no sólo contaba al exterior de la Iglesia con la Monarquía francesa, enriquecida y fuerte por sus victorias de Provenza, sino con elementos interiores más poderosos: antes de morir Inocencio III, vió alzarse a Santo Domingo de Guzmán y San Francisco de Asís, y fundarse las Ordenes de Predicadores y Menores; la última, en especial, anidó al abrigo de la nacionalidad italiana. El primer Papa que hubo de contrarrestar a Fe-

derico II, el benigno Honorio III, fué el mismo a quien tocó confirmar las dos Ordenes.

Ofrece la Historia páginas donde más claramente brilla la acción de la Providencia y el elemento divino; la aparición de San Francisco es una de ellas. A la voz del Santo de Umbría surge un poder nuevo, hasta entonces ignoto; los mendigos, lo último de la sociedad; inferiores al siervo, que ni aun poseen un terrón de gleba que cubra su cadáver. Gente son que, para expresar el concepto de fraternidad, se llamarán *frayles*; para indicar el de humildad, *Menores*. Con ellos se desenvuelve y alcanza su fórmula postrera el concepto igualitario del Cristianismo: en sus asociaciones no hay más superioridad que la que concede la virtud: aun virtud y mérito no autorizan allí la arrogancia, y el más sublime de sus filósofos friega la vajilla del convento. Fueron los monjes comunidades reclusas y sedentarias; los frailes son eminentemente sociales; su objeto es diseminarse, recorrer el orbe: ya que los herejes tienen misioneros, con mayor razón el Catolicismo los ha de tener. Apóstoles de la gracia, los franciscanos van por doquiera, entran descalzos en el palacio como en la choza, cautivando a la sociedad con la efusión de su amor, con el total desinterés de su célico instituto. Desnudos, pequeñuelos y mansos, el pueblo les conoce y adora; besa los remiendos de su hábito y el tosco cordel que ciñe su cintura. El fundador fué copia, trasunto fiel de Jesucristo: los discípulos, el Evangelio en acción que se extendía por todas partes. Manifestó la Iglesia gran empeño, durante la Edad Media, en asociar al pueblo a sus ceremonias más tiernas y conmovedoras, consintiéndole celebrar festejos y regocijos, y parodias—como la célebre fiesta del Asno, que disculpaba la sencillez del espíritu—dentro de los templos. San Francisco extremó la iniciación de la multitud en los dramáticos misterios del culto: rodeado de pastores y villanos, hizo altar de un pesebre, conmemorando la bendita noche de Navidad; al mentar a Belén, balaba como un corderillo; al pronunciar el nombre de Jesús, paseaba la lengua por los labios, cual si saborease miel deliciosa; puerilidades que no mueven a risa, antes arrancan lágrimas y reblandecen los cora-



zones más empedernidos, porque son caridad y amor que rebosan de un serafín humano y van a iluminar e inflamar al mundo.

Recibe la nueva Orden franciscana a cuantos postulantes se le presenten, por lo mismo que siendo absolutamente pobre fía a la caridad pública y a la misericordia divina la subsistencia: quien nada tiene, nada teme y nada pierde: *la pobreza vive segura*, dice el poeta fraile Jacopone. Mientras haya cielo, no faltará a los Menores techado: mientras el humilde hogar del campesino despidió espirales de humo, no carecerán de una torta de centeno y de un vaso de agua. El espectáculo de la voluntaria mendicidad practicada por opulentos mercaderes y nobles señores, consueta al labrador y al siervo; le abre el paraíso, enseñándole que las privaciones y estrechez que a él le impuso la suerte, son deseadas por reyes como Santa Isabel de Hungría y San Luis, que se las imponen y hacen de ella escala para subir hasta Dios. Así viene a demostrarse que no hay en el Evangelio de Cristo precepto alguno superior a la condición humana, y que rigurosamente y al pie de la letra no pueda cumplirse. Doctrina que tome por instrumento la pobreza, tendrá éxito seguro, porque la pobreza engendra desprendimiento y aligera el alma: entre pescadores halló Cristo sus primeros secuaces. ¿Qué ordena el fundador de los Menores a sus frailes? Guardar el Evangelio de Cristo, vivir obedientes y castos, sin poseer cosa propia. Era anhelo perpetuo del Cristianismo esta desligadura de los lazos del interés: San Jerónimo reprobaba ya la propiedad en los clérigos, diciendo que mal podía existir unidad y caridad donde reina el lucro: el Crisóstomo llamaba a Cristo Doctor de los pobres, y tenía por escuela de pobreza toda su vida; los padres del desierto consideraron la pobreza cimiento de la perfección. Tendió el feudalismo a poseer, a apropiarse la tierra y el hombre; la Iglesia a desvincular la propiedad, a hacerla patrimonio de todos; desde este punto de vista, fueron utilísimas las riquezas de abadías y monasterios, que rescataron el terruño de manos del señor ávido, duro y egoísta, y lo entregaron a hombres caritativos por instituto, agricultores, hortelanos e ingenieros por deber: en las

abadías se verificó la transición del siervo al colono. No entraba en las Ordenes monásticas la propiedad individual: si al morir el monje se halla en su poder alguna moneda, la comunidad la arroja sobre el cadáver al inhumarlo en estiércol, pronunciando el terrible anatema:—"Que tu dinero sea contigo en perdición."—Pero aunque colectiva, propiedad era siempre la que disfrutaban los monjes; conocemos la pugna que hubo de sostener San Bernardo contra la opulencia y relajación del Cister: no alcanzó la reforma de Benito de Aniano en el siglo IX a resucitar el monástico fervor, y para que brotase fragantes flores la zarza milagrosa de Subiaco, la zarza del primer reformador San Benito de Nursia, se necesitó que en el XIII la tocara el cuerpo de San Francisco de Asís.

Tuvo la idea franciscana el doble carácter que distingue a las de los grandes hombres; satisfizo un anhelo, una aspiración latente del Cristianismo, y al par fué original y nueva por su misma sencillez. ¿Observar en todo su rigor el consejo más llano, pero el más sublime del Evangelio! Sobre mil y doscientos años contaba el Evangelio ya cuando San Francisco resolvió guardarlo, y con hallarse la sociedad del siglo XIII nutrida de máximas elevadísimas, parecióle sobrehumano intento y novedad admirable la que San Francisco predicaba. No obstante, el surco estaba abierto, removidos los terrones; sólo faltaba que la simiente cayese y germinase. Los Menores se propagaron como una planta vivaz. Según su regla, no eran dueños ni aun de lo que la caridad les ofrecía: sólo les era lícito el uso; la posesión tocaba a la Iglesia; el mismo pan que llevaban a la boca no les pertenecía de derecho; los monjes aceptaban la propiedad en común, los Menores aun ésta rechazaban. Ello parece sueño, utopía de la abnegación, y, sin embargo, se realizó plenamente. No halló el fundador de los Franciscanos los obstáculos que San Benito, sino amor y simpatía por todas partes. Si al principio de su conversión le tuvo alguien por demente, no tardó en atraer a los mismos que le escarnecían. El rápido desarrollo de la Orden muestra bien su necesidad histórica y moral. Aunque al hombre se le hace tan cuesta arriba em-



pobrecerse, le empuja al sacrificio y a la privación cierto instinto generoso; el simulacro de pobreza de los valdenses atrajo ya al pueblo, y en cierto modo cautivó hasta a San Bernardo; la pobreza franciscana, creciendo al arrimo de la Iglesia, al punto robó los corazones; acaso ningún hombre—después del que fué Hombre y Dios juntamente—logró imprimir tal movimiento a las multitudes ni ganar con tan irresistible fuerza voluntades y ánimos como San Francisco. Memorable ejemplo es la primer Cruzada de la prontitud con que cundían en la Edad Media los impulsos de abnegación; pero ayudaban a Pedro el Ermitaño el espíritu aventurero y belicoso, la curiosidad, cien móviles humanos, mientras la obra de San Francisco, rompiendo, como la de Gregorio VII, todos los hilos que sujetan al hombre a la tierra, fué realmente sobrehumana.

Sobrehumana, sí, pero no antihumana, sino altamente social. No son los mendigos de Cristo piadosos holgazanes; su fundador les ordenó expresamente el trabajo.—“Yo trabajaba de mis manos—dice en su testamento,—y quiero trabajar, y los otros frailes quiero firmemente que trabajen en trabajo honesto; y los que no saben, apréndanlo; no por codicia de recibir el precio del trabajo, sino por el buen ejemplo y por desechar la ociosidad. Y cuando no nos dieren el precio de nuestro trabajo, recurramos a la mesa del Señor pidiendo limosna de puerta en puerta.”—Verdad que este trabajo recomendado por San Francisco no es la labor metódica, incesante y material de los monjes; indudablemente el fraile Menor no desdeña el arado del labriego ni la herramienta del oficial; pero el precepto que le impusieron se ha de entender más espiritualmente; lo que le incumbe es trabajar la heredad de las almas, predicar, convertir, enviar misioneros a sarracenos y paganos. Diputado para atestiguar el Evangelio con su presencia, se sienta en el hogar del labriego y penetra en el sombrío torreón; unas veces representa misterios para el pueblo, otras cruza el puente levadizo del castillo y pide hospitalidad para pasar la noche. Arrímanse los frailes al calor de la vasta chimenea feudal, mientras las gentes reunidas para pasar la velada contemplan curiosas su

pálido rostro, su extenuado cuerpo, su pobre traje igual al de los siervos, más grosero todavía. Ellos refieren alguna de sus ingenuas leyendas, la historia prodigiosa de sus santos, o recitan la estrofa de sus vates, creadores de la poesía popular. En la hoguera de caridad que enciende la vista de los pobres voluntarios, suelen detenerse pechos tan duros como la cota de la malla que los viste, y cuando a la luz del alba se disponen los frailes a abandonar la torre, oyen tal vez en confesión al arrepentido castellano.

Es de advertir que la Orden Franciscana en Italia no fué solamente popular, sino nacional; y en consecuencia de ambas cosas, hubo de ser güelfa. Italia rechazaba el feudalismo; los güelfos componían el partido patriótico, el de las libertades municipales, al par que el de la fe católica. Con el Papa a su cabeza, con la independencia de la Iglesia por divisa, simbolizaban los güelfos la opinión pública, alborotada contra la casa de Suabia, que se enajenó las voluntades persiguiendo al Papa y atacando la organización comunal. Y es lo más peregrino del caso que el inteligente Federico II lo comprendió y declaró no ignorar que quien combate a la Iglesia romana “bebe en el cáliz de Babilonia”. La raza perseguidora se sintió herida en el corazón por el anatema eclesiástico; cuando el bastardo Manfredo cayó dos veces al suelo, antes de perecer en su última jornada, exclamó con profunda melancolía: “Este es un aviso de Dios”. A despecho de lo cual, y viendo claramente lo inhábil de su conducta en Italia, no la modificaron y continuaron pisando la clásica senda gibelina.

No es mero antagonismo político el que divide a güelfos y gibelinos: los separan principalmente diferencias religiosas. En rigor, el gibelino no es heterodoxo; pero al abrazar la causa de los enemigos de la Iglesia rompe el freno moral, se entrega a la violencia, se mancha con odiosos excesos; partidarios del régimen feudal, y no consiguiendo que en Italia preponderase, lo reemplazaron con tiranías locales y urbanas. Autorizábales a prescindir de las enseñanzas católicas el ejemplo de su emperador, cercado de odaliscas, mamelucos y astrólogos, distraiéndose durante el cerco de Parma en decapitar



diariamente cuatro prisioneros, y estableciendo colonias sarracenas. Por natural impulso, cada bando imitó la conducta de su jefe, y si el Papa ostentó moralidad y pureza, vióse a todas las almas abrasadas en santidad ayudar directa o indirectamente al triunfo de los güelfos, y por disonante que parezca citar tales nombres reseñando discordias civiles, güelfa es la idea política de San Francisco, de Santa Clara, de Santa Rosa de Viterbo, de San Antonio de Padua, de los santos populares, favoritos idolatrados del pueblo italiano. Domina hoy la errónea creencia de que el santo ha de vivir abstraído, fuera del mundo y de la realidad; en la Edad Media, el santo es un personaje nacional; forma y anima a su patria.

Al fin colmó Federico II el cáliz de la ira; su guardia infiel se paseaba por los pueblos de Italia, asolándolos; como un sobrino del rey de Túnez viniese a Roma para bautizarse, retúvole prisionero, impidiéndole llegar hasta el Papa; prendió a los legados pontificios, a los obispos, a los predicadores: arrojó los unos al mar, los otros a la hoguera; las villas güelfas vieron demolidos sus baluartes, sus mieses quemadas. Cierta día celebrábase en Padua magnífico torneo, que presidía Federico desde alto dosel; mostrábase el César risueño y afable, y su regocijo se comunicaba a la inmensa multitud apiñada en las gradas y atenta a las peripecias de la liza. Mas entre el concurso se hallaban algunos patriotas afilidos a la liga lombarda, algunos güelfos, que quizás habían visto rodar la cabeza de sus hermanos o hijos bajo el hacha de los verdugos teutónicos, oído a sus hijas y esposas pedir auxilio en brazos de los sarracenos soldados de Federico; y al reconocerse entre el gentío, decíanse quedos los unos a los otros: "Ebrio de prosperidad está el tirano; mas hoy es día nefasto para él; hoy le excomulga en Roma el Padre Santo; hoy le entrega a Satanás." Nadie pudo averiguar dónde comenzó el fatídico rumor; pero corrió como un reguero de pólvora, y tendió velo fúnebre sobre la fiesta. ¿Fué adivinación o noticia secretamente conocida de los güelfos? Lo cierto es que aquel mismo día, Domingo de Ramos, Gregorio IX fulminó el anatema contra el ex pupilo de la Santa Sede.

Arma puramente moral, la excomuni6n era, sin embargo, poderosísima, sobre todo cuando, al caer sobre la cabeza de un monarca, se unía al anatema el entredicho de todos sus reinos. Ponían pavor en el ánimo más esforzado las lúgubres ceremonias de la maldici6n eclesiástica. Obispos y sacerdotes se dirigían procesionalmente a la catedral, a media noche, al hondo tañido de las campanas doblando a agonía. Por última vez ascendían a Dios desde el templo las voces suplicantes entonando el *Miserere*; oscuro velo cubría la imagen de Cristo; las reliquias de los santos eran transportadas a la subterránea cripta; consumía la llama las postreras especies del pan de los fuertes, de la hostia, como el anatema la esperanza en los corazones; los concurrentes volcaban sus antorchas y las apagaban con el pie, significando la vida espiritual, que se extinguía en el alma del reo. Revestido el legado con la estola morada de los días de Pasión, se adelantaba, y entre el silencio general pronunciaba el anatema; desde el punto mismo suspendíase el culto, veíanse enlutados los altares, interrumpidos los sacrosantos misterios. El pueblo rompía en sollozos, en lágrimas, en dolientes ayes; estrechaban las madres contra su seno a sus hijos; la multitud, huérfana del Dios consolador y amigo, se volvía desesperada a sus hogares. Cuando la culpable intimidaci6n de Felipe Augusto e Inés de Merania atrajo sobre Francia el entredicho, el reino entero gimíó desconsolado, y si el príncipe exhaló al pronto el grito de la pasi6n vencida y rebelde:—"¡Venturoso Saladino, que no tuvo Papa!"—dobló después la frente y se sometió, vencido por el látigo espiritual. Al escéptico Federico, que se jactaba de poder inventar una religi6n mejor que la de Cristo para reyes y pueblos, no le dolió como a Felipe Augusto el castigo de la Iglesia; pero su propia contumacia fué parte a que el anatema le perjudicase más en el terreno político. Alemania le detestaba ya por italiano; Italia, por alemán, por sarraceno; ambas naciones pudieron maldecirle ahora por impío. Contra el cismático se alzaron los que nunca se insubordinarían contra el César: los pacíficos mendicantes. Eran las más nobles y opulentas villas, como Milán y Florencia, ciudadelas del